

BREVE

# Esbozo de la historia electoral en Nicaragua

*La historia vivida por los nicaragüenses en los últimos 30 años, en nada difiere a las experiencias vividas por nuestros padres y abuelos. Vivir en democracia, a base de elecciones, ha sido un reto. En el siguiente escrito, se toma como base, el largo periodo de los Somoza en el poder, experiencia negativa que ahora quiere repetir el actual presidente de Nicaragua Daniel Ortega.*

Desde una mirada retrospectiva, los políticos y científicos en Nicaragua hoy en día tienden a subrayar la función que cumplían los comicios para legitimar la dictadura en el exterior. Las elecciones estaban destinadas a ser un componente importante en la fachada democrática que el régimen deseaba proyectar hacia el exterior. Sin duda alguna, la construcción de la misma mejoró las relaciones internacionales con los Estados Unidos. La celebración de los comicios fue una concesión por parte de los Somoza al gobierno y al público estadounidense, cumpliendo así la función de mantener buenas relaciones con los norteamericanos.

En este sentido, es necesario tener presente que los Somoza, mejor que otros dictadores en la región, supieron aprovecharse de la situación internacional a fin de estabilizar su régimen. Según las necesidades en cada circunstancia, supieron presentarse decididamente antifascista, anticomunista o anticastrista, asegurando así el apoyo estadounidense. Los Somoza siempre estaban ansiosos por demostrar a Estados Unidos su respaldo incondicional. De este modo, no solamente apoyaron las posiciones estadounidenses dentro de las organizaciones internacionales (ONU, OEA), sino también la contrarrevolución en Guatemala (1954), la invasión a la Bahía de Cochinos en Cuba (1961), y la intervención norteamericana en la República Dominicana (1965). Anastasio Somoza, incluso, ofreció a los norteamericanos enviar tropas nicaragüenses a Vietnam. Además, cortejaba a inversionistas y políticos estadounidenses, mantenía excelentes relaciones personales con los embajadores norteamericanos y tuvo en Washington, una labor de lobby ciertamente pequeña, pero muy hábil. Con unos esfuerzos propagandísticos considerables, el dictador también intentó mantener, en la propia Nicaragua, la imagen de que gozaba de relaciones muy estrechas con Estados Unidos. “Para la mayoría de los nicaragüenses el mensaje era claro: EEUU apoyaba a Anastasio Somoza, y cualquier intento de derrocarlo provocaría una rápida intervención”.

La política estadounidense hacia el régimen somocista, por su parte, no careció de ambivalencias. Si bien los lazos entre

la dictadura somocista y los gobiernos estadounidenses no fueron, en realidad, tan estrechos como pretendió Somoza tanto en el interior como en el exterior, los Estados Unidos, no obstante, ayudaron a mantener el régimen somocista, al que consideraron durante décadas como su aliado más fiel en América Central. Esta relación se modificó en el marco de la política de derechos humanos del presidente Jimmy Carter. Por cierto, Carter, a pesar de criticar y sancionar al dictador, no le retiró su apoyo por completo sino hasta poco antes de la revolución. Pero su crítica creciente respecto a Somoza sí allanó el camino para la caída del mismo, puesto que tuvo el efecto de destruir en el interior de Nicaragua la imagen del apoyo estadounidense incondicional hacia el régimen.

La importancia que cobraron las elecciones no competitivas o semicompetitivas durante la dictadura somocista en el contexto interno del país suele ser subestimada desde el análisis retrospectivo, debido a que muchas veces se preguntan únicamente por su contenido democrático, del cual evidentemente carecían. De esta manera, se tiende a dejar de lado el hecho de que los Somoza también intentaron instrumentalizar los comicios con el objetivo de estabilizar su régimen dictatorial en el propio país. Esto ocurrió de distintas formas.

La celebración de las elecciones tenía lugar dentro de unas estructuras clientelistas de poder.

Así, el partido del régimen, el PLC, representó una gran organización de patronaje. El partido abrió posibilidades a aquellas personas que se demostraban fieles al régimen para que pudieran escalar socialmente, suministrándoles mandatos y cargos intermedios dentro del aparato estatal, los cuales se repartían a través de mecanismos nepotistas y de patronaje. De acuerdo con la lógica de estas estructuras de dominación clientelistas, el partido oficialista, junto con las autoridades locales, solía organizar fiestas preelectorales, en las cuales repartía regalos y compraba votos.

Al mismo tiempo, las elecciones servían para integrar y ocasionalmente cooptar a ciertos grupos de la oposición y excluir a otros. De este modo, la representación de minorías fue un mecanismo de los Somoza dirigido a cooptar a la oposición conservadora oligárquica en el sistema político. A partir de 1950, dentro del régimen del partido hegemónico, se le garantizó al partido que resultara minoritario en las elecciones, que de hecho se trataba del PCN o bien de un partido conservador minúsculo, un por-

centaje mínimo de mandatos en la Cámara de Diputados y Senadores, así como de puestos dentro de los poderes Electoral y Judicial y de la burocracia. Por último, pero de gran importancia, la representación de minoría servía para hacer participar a una parte de la oposición conservadora oligárquica en el sistema político y poder sobornarla; “Este principio pues es un instrumento de corrupción política porque se permite a quien controle el poder pagarse su propia oposición. Para algunos defensores de la “representación de minorías”-tales como Fernando Agüero, responsable del Pacto Somoza Agüero, en 1971- este mecanismo representaba un instrumento de control utilizable, que por cierto en la práctica no pudo servir de modo adecuado.

El pueblo nicaragüense, por su parte, bajo el régimen somocista no tenía mayores expectativas frente a las elecciones. Al respecto, se puede subrayar la tesis de Dunkerley, que afirma: “... una consecuencia central del dominio prolongado de la dinastía fue que, de todos los electorados en Centroamérica, el pueblo nicaragüense era el que menos motivo tenía para confiar en un cambio a través de las urnas. En este sentido, no debemos dejarnos engañar por las cifras oficiales que indican un porcentaje relativamente alto de participación electoral, puesto que ésta, en última instancia, fue fruto del fraude electoral, de la presión social, y de la intimidación del electorado para que votara en favor del partido del régimen.

La participación política sólo estaba permitida legalmente cuando se llevaba a cabo en el partido oficialista, PLN controlado por Somoza, o bien en el Partido Conservador oficial. Fuera de este marco estrechamente restringido, las actividades de los partidos políticos fueron estigmatizadas como ilegales, y éstos, en ocasiones perseguidos. Incluso aquellos partidos entonces moderadamente reformistas como el PLI o el PSC no podían presentarse a elecciones sino a través de alianzas (informales) con los partidos legalmente reconocidos. Esta restricción de la competencia electoral a los dos partidos “históricos”, el PLN y el PCN (o alguno que otro partido conservador minúsculo) contribuyó a que las elecciones cobraran muy poca importancia, la cual disminuyó aún más porque los conservadores se dejaron cooptar en los procesos electorales. En efecto, el hecho de que el PCN, a cambio de subordinarse a las “reglas electorales del juego” dictadas por Somoza, se ganaba un porcentaje de diputaciones y prebendas fijado ya con anterioridad a las elecciones, minó la credibilidad tanto de los comicios como del

partido opositor tradicional.

No obstante, hay que mencionar que el PCN de forma reiterada urgía públicamente a que se celebraran unos comicios limpios, criticaba las prácticas dictatoriales de los Somoza durante las campañas electorales y protestaba, en ocasiones con resonancia pública, en contra del fraude electoral que se preveía, boicoteando varias veces las elecciones. Asimismo, se debe tomar en consideración que el PCN disponía de lazos históricos que lo ligaban con la población. En ocasiones, los conservadores fueron capaces de movilizar a sectores considerables de la población antes de las elecciones. Incluso, en 1967, Agüero Rocha hizo un llamado a la resistencia masiva y de inspiración golpista en contra de un fraude electoral previsto, al cual se sumaron aproximadamente 50.000 personas. La manifestación, sin embargo, fue aplastada violentamente. El fraude electoral de 1967, y las circunstancias en las que ocurrió, fue así uno de los varios acontecimientos que contribuyeron a disminuir la importancia de las elecciones bajo el régimen somocista, aun desde el punto de vista de la oposición conservadora.

Otro acontecimiento clave -según la perspectiva desde donde se mire-, fue la formación o la disolución del pacto Somoza-Agüero en 1971. De acuerdo con éste, se disolvió el Parlamento y se celebraron elecciones para una Asamblea Constitucional en 1972. La Asamblea denominó a una Junta de Gobierno interina de tres personas, compuesta por dos liberales (Alfonso Lovo Cordero, y el general Roberto Martínez Lacayo) y un conservador (Fernando Agüero Rocha), y elaboró una nueva Constitución, cuyos lineamientos esenciales ya habían sido arreglados por el pacto.

Así, constitucionalmente, Somoza pudo volver a ser candidato presidencial en las elecciones de 1974. El Partido Conservador, entretanto, se había escindido a raíz de la cuestión de colaborar con el régimen de Somoza o no. Los disidentes conservadores, alrededor de Pedro Joaquín Chamorro, al igual que los políticos de los partidos opositores no legalizados, de antemano consideraron el pacto Somoza-Agüero como un puente “constitucional”, mediante el cual Somoza podía lograr evadir la prohibición de la reelección inmediata establecida en la Carta Magna. Pero también Agüero y otros políticos conservadores -ciertamente no todos ellos- dimitieron de sus cargos cuando Somoza se atribuyó el poder absoluto después del terremoto de 1972, mirando de esta manera el llamado “Convenio Nacional”.